estos nuevos cuarteles. Interesóles en todos sus proyectos: y de enemigos antiguos supo hacer cristianos dóciles, y súbditos sumisos. A la voz de estos nobles indíjenas, fueron á establecerse en la nueva ciudad las poblaciones vecinas, las cuales obtuvieron varios privilejios y franquicia de impuestos. El número de habitantes de Méjico en fin del año 1524 ascendia ya á mas de treinta mil almas. Cortés no descuidó medida alguna de seguridad. Separó el cuartel de los Españoles, del de los Indíjenas, por un ancho canal. Hizo construir en medio de las aguas una fortaleza, á cuyo abrigo, se hallaban libres de un golpe de mano los bergantines y la artillería, y que dominando la ciudad permitia, en caso de sedicion, imponer la ley al pueblo. La organizacion de una buena policía ocupó tambien la vijilancia del conquistador. Mandó se procediese á la la eleccion de alcaldes, de jueces, y otros oficiales públicos al estilo de España: instituyó un consejo de administracion; publicó ordenanzas severas que garantizaban la seguridad personal; fundó hospitales; estableció manufacturas: introdujo en el pais el cultivo de la caña de azúcar, de las viñas, del moral y de diferentes plantas de las Antillas de las cuales hizo asimismo trasportar animales domésticos, que no se conocian en la Nueva-España. Montó una imprenta en Méjico, hizo acuñar moneda, y fundir cañones. Él mismo nos refiere, por qué medio consiguió á la sazon procurarse salitre y azúfre. Hallamos en una de sus cartas dirijida á Cárlos Quinto, que la cima del Popocatepetl, grande volcan de Méjico, fué por fin reconocida en 1522, por un intrépido soldado llamado Francisco Montaño. Este audaz castellano entró en el cráter, en donde se hizo bajar á una profundidad de setenta á ochenta brazas, y allí recojió una cantidad de azúfre suficiente para las primeras necesidades del ejército. Cortés no encuentra palabras bastantes para elojiar una empresa tan arriesgada, que nadie habia osado intentar antes que Montaño. Hácia aquella misma época, observamos los esfuerzos del jeneral para promover la emigracion de las islas en beneficio de la Nueva-España. Invitó á los Castellanos casados á que se estableciesen allí con sus familias. Las hijas de los Europeos fueron buscadas con afan, é hicieron enlaces ventajosos. En esta misma carta de Cortés que acabamos de citar, se reconoce un grande administrador, en ella se muestra con ideas superiores á su siglo, y digno de gobernar las tierras que tan bien habia sabido conquistar. Su celo relijioso, en jeneral bastante estremado, no oscureció sus ideas. Si reclamaba de su soberano sacerdotes para convertir, le rogaba enviase relijiosos de corazon sencillo y justiciero, de palabra persuasiva: hombres que supiesen llevar el peso de su mision, que predicasen con el ejemplo, y se contentasen con poco. Solicitaba, como una gracia, que no se le mandasen canónigos ni beneficiados, y he aquí por que: «Si V. M., dice, nos envia semejantes personajes, se ocuparán de sus ahijados adquirirán mayorazgos para estos, y disiparán sus riquezas en pompas vanas y escandalosas Su desarreglada vida será muy impropia para convertir á unas jentes, que compararán las costumbres mundanas de los dignatarios eclesiásticos de nuestros dias, con la regularidad y austeridad de los ministros de sus ídolos, en los cuales se castigaba con pena de muerte la menor falta. Si los Indios supiesen, que llamamos ministros de Dios vivo á hombres entregados á todos los escesos, y á todas las profanaciones, despreciarian indudablemente, tanto á semejantes sacerdotes escandalosos, como á la relijion que les predicasen. Ella perderia á sus ojos la majestad divina, y sus corazones rechazarian cuanto se pretendiese hacerles creer.

Asimismo pedia Cortés á Cárlos Quinto, no le mandase abogados ni lejistas, temiendo se introdujese la discordia en el pais, que entónces no se conocia. Que tampoco le enviase médicos, porque ningun conocimiento tendrian de las enfermedades locales, y tal vez introducirian

otras nuevas, queriendo curar aquellas; últimamente que tampoco tuviesen entrada en aquel Nuevo-Reino los judíos cristianizados, por ser jeneralmente malos creyentes, y podrian perjudicar la conversion de los Indíjenas.

¿Era pues en medio de una profunda paz, apoyado por un gobierno benéfico, y obrando con una grande tranquilidad de espíritu que se entregaba Cortés á una infinidad de creaciones, que eran por sí solas bastantes para ocupar la vida mas activa? No. Este grande hombre hacia todo esto, y luchaba al mismo tiempo contra las combinaciones de la intriga, contra la influencia de su poderoso enemigo el arzobispo de Búrgos; contra la desconfianza de la corte, y la ingratitud del monarca, teniendo no obstante fija la vista en los puntos del Anahuac, apaciguando las sediciones de los Indios; agregando nuevas provincias á sus conquistas, y enarbolando el pendon de Castilla hasta las orillas del otro océano.

A la nueva de la caida de Méjico, los grandes estados independientes que se habian sostenido con tanta pena contra las fuerzas de la potente capital, temblaron de tener que luchar contra los terribles estranjeros que la habian destruido. Los menos distantes se apresuraron á apaciguar al vencedor por una pronta sumision. El rey de Mechoacan, príncipe el mas poderoso, despues de Motezuma, fué el primero que le mandó embajadores (1). Cortés los detuvo algunos dias, hizo que sus tropas maniobrasen á su presencia, y les habló del mar del sud, de cuya existencia tenia ya algunas nociones. Supo por ellos que podria llegarse á ella atravesando sus provincias. Despidiólos cargados de presentes, y admirados de su poder, acompañados de dos Españoles, de varios señores indios, y de algunos intérpretes que hablaban el mejicano y el Otomia. Llevaban la mision de esplorar el pais; de informarse de sus riquezas, y del sitio mas propio para fundar una gran colonia. A su regreso, estos enviados, á quienes acompañaba un hermano del rey, y mas de mil Indios, dijeron á Cortés: «El gran reino de Mechoacan es admirable, parece el paraiso terrenal. Su capital es casi tan magnífica como lo era Méjico. Un inmenso lago (1) con orillas pintorescas se estiende á sus piës, y reflleja sus suntuosos edificios. Allí puede formarse un establecimiento con la seguridad de hallar tierras fértiles, minas de oro, y un clima benigno y embalsamado. Estas noticias decieron á Cortés á hacer salir á Olid con cien infantes y cuarenta caballos para asegurarse de tan hermosa comarca. Este oficial ocupó la real ciudad sin combatir, y fiel despues á sus instrucciones, pasó á la provincia de Colimas y comenzó á investigar el paradero del mar del sud.

A esta espedicion se deben las primeras nociones estensas del Mechoacan que se encuentran reunidas en Herrera y vamos á compendiar (2). El Michuacan ó Mechoacan cuyo nombre se deriva de una especie de pez llamado *michi* que se encuentra allí en abundancia, se estendia desde el rio de Zacatula hasta el puerto de la Navidad, y desde las montañas de Xala y de Colima hasta el rio Lerma y lago Chapala. Ocupaba la pendiente occidental de la cordillera del Anahuac, entrecortada de colinas y hermosos valles, que ofrecian á la vista del viajero, bajo la zona tórrida, el bello aspecto de estensos prados bañados de riachuelos. Un cielo puro y azul cubria tan hermosa rejion en la que vivia un pueblo, bravo, robusto é intelijente. A orillas del pintoresco lago de Patzquaro se elevaba Tzintzontzan, su capital, ó la ciudad de los pájaros de brillantes plumas (3). Este pueblo

(1) El soberano de Mechoacan tomaba el título de Cazonzi, es decir, *Calzado*, por oposicion á reyes vasallos de Motezuma que estaban obligados é descalzarse cuando comparecian delante del rey.

(1) El lago de Pazcuaro.

(2) V. Herrera Dec. 3. lib 3. cap, 3 y la Rca Cronica de la provincia de Mechoacan. Méjico 1643, 4.°, lib. 1. cap. 18.

(3) Tzintzontzan, que los Aztecas habitantes de Tenochtiztan nombraron Huitzitzcla, solo e

pertenecia en parte, á la gran familia azteca. Descendia de una de aquellas tribus alcolhuas, que seducida por lo benigno del clima, y la bondad del terreno, se detuvo y estableció allí cuando la grande emigracion de los hombres del norte. Habia dejado su nombre primitivo para tomar el de Tarasca que probablemente era el de alguna otra poblacion india. Habia tambien abandonado la lengua de sus padres para adoptar la de su nueva patria. Laborioso y sedentario, suavizó gradualmente sus costumbres, y habia concluido por someter algunas pequeñas naciones, y componerse un gran reino, cuya historia nos es algo desconocida. Se habia aprovechado tan bien como los Aztecas de la antigua civilizacion del Anahuac. Citábasele por su astuta política, por la sabiduría de sus leyes, por la humanidad, por su jenio industrioso y por su mucha habilidad en el arte de componer mosaicos de plumas, que eran en efecto maravillosos, pero que se hacian pagar á muy alto precio. Su estado social era á poca diferencia como el de los Mejicanos; sus dioses eran tambien los mismos, pero el culto que se les rendia era mucho menos bárbaro. Los sacrificios humanos no se hacian tan frecuentes. Entre los Tarascas, el soberano pontífice vivia retirado en un templo consagrado al primero de los dioses. Todos los años iba el rey con su comitiva á hacerle una visita, y á ofrecerle de rodillas ricos presentes. Solamente en aquel dia se dejaba ver del pueblo el gran sacerdote: el resto del año permanecia en su honrosa reclusion. En las ceremonias relijiosas del antiguo Mechoacan se vislumbraban ciertas tendencias políticas. En la muerte de un rey, por ejemplo, su sucesor designaba los que debian servirle en el otro mundo, los cuales eran inmolados el dia de sus exequias; la eleccion recaia siempre en aquellos hombres ricos ó poderosos, cuya influencia se temia y cuya fidelidad era dudosa.

Los Tarascas y los Mejicanos vivian en un estado casi continuo de hostilidad. Jamás los reyes de Tenochtitlan habian podido penetrar en las fronteras de sus vecinos. Los Españoles las franquearon sin tirar un tiro, y avanzaron en el interior sin grande resistencia, pero mas adelante, les fué preciso para establecerse sólidamente, vencer á los habitantes de Colima, y ocupar el litoral marítimo. Esta obra fué desempeñada por los capitanes Sandoval y Olid reunidos.

No se sometieron á los cristianos con tanta facilidad otras naciones del Anahuac; y desde el norte al sud tuvo Cortés que batirse, como asimismo sus capitanes. Cada reaccion ó revuelta de aquellos naturales, despues de estinguirse, proporcionaba á los conquistadores un paso mas, hasta que al fin traslimitaron el antiguo reino de Motezuma. Encargado Sandoval de esplorar las tierras del sud, bañadas por el Guazacualco, triunfó fácilmente de la oposicion de algunas tribus indias, las cuales desaparecian ó se sometian. Construyóse el fuerte del Espíritu Santo para contenerles, y asegurar en aquellas comarcas la dominacion de los Españoles. Varios pueblos miztecas y zapotecas, en guerra con el señor de Tutepee, les llamaron en su ausilio, que se les concedió, marchando á las órdenes de Alvarado, que los libró del enemigo, ocupó sus tierras, dejó guarnicion en sus poblaciones amuralladas, y marchó á la conquista del pais de Soconusco en el reino de Guatemala. En aquellas rejiones, que los Españoles recorrieron por primera vez, observaron algunas huellas de una antigua civilizacion, reconocieron algunos palacios de piedra cortada, ciudades de una legua de circuito, rodeadas de altos muros, muy gruesos y esculpidos; y edificios de un órden arquitectónico mas elegante que los de Méjico. Igual espectáculo, aunque mas maravilloso, les aguardaba en el reino de Guatemala, cuya estrema frontera atravesaron para llegar á las costas del mar del sud. Allí se fijó atentamente la vista

hoy un lugarillo indio, que ha conservado el título fastuoso de ciudad.

de Cortés, y desde cuyo punto, segun órdenes de su gobierno debia intentar nuevos descubrimientos. Allí se lisonjeaba encontrar el paso (ya buscado), entre el Atlántico y el Océano pacífico: este camino de Indias que los primeros descubridores de la América habian investigado. Tal fué el objeto del viaje de Yañez Pinzon, de Juan y Sebastian Cabot, de Corte, de Real y de Ponce de Leon. La certeza de que el continente americano se interponia entre la Europa y el Asia se adquirió en 1513, cuando Vasco Nuñez de Balboa, desde la cúspide de las montañas de Pancas, en el istmo de Panamá, percibió el grande Océano. Ignoraba Cortés que Magallanes habia hallado en el año anterior un pase al sur; Cortés lo buscó en las latitudes de la Nueva-España, y su espedicion á Mechoacan condujo uno de sus capitanes á la embocadura del rio Zacatula. La espedicion de Alvarado le hizo alcanzar la misma costa occidental, entre el 15°. y 16°. grados de latitud norte. Dirijió sobre Zacatula todos los carpintenros del ejército, é hizo transportar de Veracruz, atravesando el continente, las velas, cuerdas y hierro. Construyéronse dos naves para esplorar la costa en la cual hizo Olid, por órden de Cortés algunas investigaciones sin resultado.

No hay duda que este último, desde el segundo año de su conquista, en cuya época nos hallamos todavía, hubiese dado mas estension á las esplotaciones del grande Océano, si no se hubiera visto obligado á ponerse á la cabeza de sus tropas, para echar del pais de Panuco al Español Garay que se habia declarado independiente de él. En esta campaña, Cortés no solo tuvo que vencer las tropas de Garay que fueron batidas, si que tambien resistir á los Indíjenas en un pais salvaje, en donde perdió casi todos sus caballos. Encontrábase en medio de naciones, cuyo carácter independiente, no habia jamás podido soportar el yugo mejicano. «Aquel terreno, dice él mismo, está de tal modo cortado por barrancos, y sus montañas son tan escarpadas, que es impracticable aun para la infantería. He mandado allí tropas dos veces, y no han podido domarlos. Sus pueblos están fortificados por la naturaleza del mismo terreno: los Indios se baten con lanzas de veinte y cinco á treinta piés, cuya estremidad está armada de una piedra ó guijarro cortante y punzante; siempre se han defendido valerosamente, han causado muchos daños á los Españoles, y son el terror de las provincias vecinas. Atacan de noche, y con la oscuridad y el silencio llevan á sangre y fuego las ciudades y pueblos».

Cortés cambatió mas de una vez con estos Indios terribles, los cuales volvian á tomar las armas, luego que los Españoles se ausentaban. Ya en fin resolvió acabar con ellos de una vez; encargó á Sandoval les persiguiese de muerte reduciéndoles á la esclavitud, marcando en seguida á los prisioneros con hierro ardiendo, y repartiendo sus tierras entre los soldados: así se ejecutó. Sandoval llevó aun mas allá el rigor de la venganza: gracias á su artillería y á los Mejicanos que entónces ayudaban á sus vencedores á castigar á sus antiguos tributarios. Sucumbieron aquellas poblaciones y cuatrocientos de sus jefes fueron cojidos y quemados vivos en presencia de sus mujeres é hijos: accion bárbara que el sangriento código de represalias no puede aprobar. Sometida casi en toda su totalidad la provincia de Panuco, tentó nuevamente la ambicion de Cortés el pais de Ibueras ú Honduras por las noticias que tenia de sus ricas minas de oro. Al jóven Olid, uno de sus tenientes favoritos, confió el honor de plantar en aquella tierra el pendon de Castilla, en la cual no habia podido penetrar el águila mejicana. Tocó Olid en la Habana para abastecerse de provisiones y caballos, pero allí Velazquez, en cuya casa se habia criado, consiguió volverlo infiel á su jeneral. Llegado Olid al pais que debia conquistar, tomó posesion de él en nombre del gobernador de Cuba, y permaneció ocho meses sin escribir á su jeneral, quien asegurado de la trai-

cion, hizo marchar contra él al capitan Las Casas, á la cabeza de un centenar de Españoles, y algunos millares de Indios. Perseguido por las tempestades, y sin esperiencia de las costas, Las Casas perdió la mayor parte de su jente, y vencido cayó en poder de Olid, pero ayudado de su audacia, aprovechó un golpe de mano, consiguiendo apoderarse por sí mismo de aquel jefe rebelde. Hecho Olid á su vez prisionero, fué juzgado como traidor y decapitado en Naco, despues de haber visto á todos sus partidarios reunidos bajo la autoridad de Cortés (1).

Sin embargo, Cortés, en absoluta ignorancia de cuanto sucedia se decidió á ejecutar en persona la conquista de Honduras, y á buscar en sus riberas un paso para penetrar en el otro océano. Acababa entónces de recibir la noticia oficial de su nombramiento de gobernador y capitan jeneral de la Nueva España, título que debia pronto retirársele. Dejó á Méjico ocupado en engrandecerse, en poblarse de palacios é iglesias; en cambiar sus chozas en casas, y en hacerse bella, rica y elegante, mientras él emprendió su marcha con el pomposo aparato de un príncipe soberano. Una numerosa servidumbre de oficiales, mayordomos, pajes y lacayos le acompañaban, y cubria el servicio de su persona una compañía de guardias. Doña Marina seguida de las mujeres que la servian era tambien de la comitiva en este viaje. Sandoval mandaba la division española fuerte de algunos centenares de hombres y ciento cincuenta caballos, y tres mil Mejicanos á las órdenes de sus jefes naturales. Cortés no habia querido dejar en Méjico al desgraciado rey Quauhtemotzin, al antiguo señor de Hacopan, ni á otros jefes; hízoles seguir su movimiento, y continuó su marcha la que hasta la capital de Guazacualco parecia mas bien una jornada real que una espedicion militar. En aquel punto recibió los homenajes de todos los jefes de la provincia reunidos para prestar juramento de fidelidad al rey de España. Entre estos nobles Indios se hallaban los padres de Marina ¿Cuál fué su sorpresa cuando en la grande dama favorita de Cortés, sentada á su lado, reconocieron á la pobre jóven que habian espulsado y vendido? El corazon de esta hermosa americana estaba formado para las nobles pasiones, por lo mismo acojio á su anciana madre temblorosa, como tierna hija, la llenó de beneficios é hizo ascender á su hermano al rango de los principales jefes del pais. Padre y madre abrazaron al instante la relijion de Marina, que reehazaba la venganza como un crímen, y se hacia un deber en perdonar las injurias.

La campaña de Honduras fné para Cortés una cadena de calamidades. No le seguirémos hasta el centro de dilatados prados inundados de profundos lodazales, en donde los caballos se enterraban hasta el pecho: ni á las grandes villas desiertas, en medio de poblaciones enérjicas que le disputaban palmo á palmo un terreno difícil. No recordarémos aquellas numerosas escenas de sangre y patriotismo: aquellas tribus prefiriendo la muerte al yugo. Unos sacerdotes encerrados en sus templos, dejándose quemar dentro de ellos desde el primero hasta el último. Jamás los Españoles tuvieron que domínar tantos obstáculos: allí bosques en donde el pié del hombre no habia jamás penetrado: allí grandes y numerosos rios que vadear, sin puentes, sin barcas; allí montes inespugnables entrecortados de precipicios, que era preciso trepasen los hombres y los caballos estenuados todos de fatiga y muertos de hambre, y en cuyas cumbres no podian sostenerse, tanto por causa de los vientos impetuosos, como por el curso de un torrente, que arrastraba tras si cuanto hallaba á su paso. Todas estas dificultades que vencer, se hallaban á cada instante, durante una marcha de cuatrocientas leguas. Por fin, el capitan jeneral llegó á Nito en Honduras, en donde encontró una pequeña colonia de Españoles en el estado mas deplorable.

(1) Luce en Bernal Diaz una relacion detallada y muy dramática de la defeccion de Olid y de su fin trájico.

En esta campaña, y cerca de Izancanac capital de la provincia de Acalan, en uno de los tres dias que precedieron á la cuaresma del año 1525 empañó Cortés sus glorias con la muerte de Quauhtemotzin. Bernal Diaz testigo ocular de este trájico acontecimiento nos lo cuenta así. «Este sitio (dice el viejo y veraz soldado) fué el teatro de la muerte del desgraciado Guatemotzin, último rey indíjena de los Mejicanos. Decíase que este príncipe y algunos nobles de su comitiva, habian formado el proyecto de asesinar á los Españoles, volver en seguida á Méjico, en donde deberian reunir todas sus fuerzas, y atacar á la guarnicion. Dos nobles que habian sido jefes bajo las ordenes de Guatemotzin, durante el sitio, descubrieron este complot. Luego que Cortés tubo de él conocimiento, tomó algunos informes de los dos denunciadores: parece le confesaron, que viéndonos marchar sin precaucion, enfermos, descontentos y muertos de hambre, que tambien ellos, inciertos de su destino, y esperando de un dia á otro la muerte, se habian decidido á provar fortuna y á caer sobre nosotros al vado de algun rio, confiados en su número y su valor.» Guatemotzin negó el menor conocimiento ni participacion en semejante complot, del cual se acordaba haber oido hablar de un modo vago, sin alentarlo ni aprovarlo. El príncipe de Tacuba (Tlacopan) hizo la misma declaracion, é igual, otros dos jefes, y no obstante, Cortés sin mas pruevas, condenó á los desgraciados príncipes á ser ahorcados. Preparado todo para la ejecucion, fueron conducidos á la plaza mayor de la ciudad, acompañados de dos reverendos padres que los exortaban pero antes de morir el rey se volvió hácia donde estaba Cortés y le dijo. «Malintzin: ahora veo en lo que han venido á parar tus falsas palabras y promesas..... á mi muerte. Yo debiera habérmela dado con mis propias manos en mi ciudad de Méjico, antes que poner mi persona en tu poder. ¿Porqué me haces perecer tan injustamente? Dios te pedirá cuenta de mi sangre, y espero que te castigará.» El príncipe de Tlacopan solo dijo, que se consideraba dichoso muriendo al lado de su soberano lejítimo. Así concluyeron estos dos grandes hombres, y yo debo añadir estos dos buenos cristianos, muy piadosos para ser Indios. Grande lástima me causaron los dos, despues de haberlos visto en su alta fortuna y mejor prosperidad. Habian sido muy buenos para mi, durante nuestra marcha; me hacian muchos favores, y me facilitaban Indios para ir á buscar forraje para mi caballo, declaro pues aquí que sufrieron la muerte sin haberla merecido, y que su suplício fué una grande injusticia, y de este parecer fuimos todos. No hubo entre nosotros mas que una sola opinion acerca de tan cruel é inicua sentencia (1).»

He aquí la espresion de un soldado franco y leal; de un hombre valiente y de un hombre de honor. Mancilla la memoria de Cortes este abominable asesinato, que nada puede justificarle. ¿Qué podian hacer aquellos príncipes destronados en medio de los bosques y desiertos de Honduras, rodeados de sus guardianes armados? En vuestras vijilias nocturnas ¡ó Cortés! se os ha debido presentar mas de una vez la torva vista del jóven y bravo Quauhtemotzin, fijando la vuestra, y dirijiéndoos amargas reconvenciones; y cuando ya viejo y abandonado, os quejabais sentidamente de la injusticia de los hombres, una voz interior, el eco de la inexorable conciencia, que jamás perdona, ha debido vengar la muerte del succesor de Motezuma.

Los dias de tribulacion, las frustradas cuentas de ambicion, la in-

(1) Este trájica acontecimiento se encuentra muy detallado en la relacion de Ixtlilxochitl. Hace curiosas relaciones y coloca la escena en Teotilac, el último dia de carnaval del año 1525. (15 febrero). Prueba hasta la evidencia la inocencia de los desgraciados jefes mejicanos, y la fria crueldad de Cortés, quien no tenia ni un solo dato que producir contra ellos.

gratitud de los hombres del poder, las calumnias, y las falsas acusaciones, van á empezar ahora para Cortés. La campaña de Honduras no habia satisfecho sus esperanzas, pero habia ganado la ciencia en el conocimiento litoral marítimo; la jeografía habia hecho nuevas conquistas en el interior. Todo el sud de Méjico podia ser inscrito en las cartas, aunque algo imperfectamente. En la misma época se elevavan muchas ciudades españolas en aquellas comarcas apenas recorridas, mientras Alvarado, despues de haber esplorado el Chiapa, y el Oaxaca continuaba el descubrimiento y conquista de Guatemala (1).

Los enemigos de Cortés en la corte lo habian desconceptuado. Supo en Trujillo que le quitaban el gobierno de la Nueva España, y que Nuñez de Guzman estaba encargado del de la provincia de Panuco. A su llegada á la capital de Méjico encontró un comisario del rey, encargado de informar sobre su conducta. Este sujeto llamado Ponce de Leon murió al principio de su comision, y en el momento en que empezaba á organizar un tribunal de justicia que debia pronunciar sentencia, absolviendo ó condenando el honor del vencedor de Motezuma. Espulsaron á Cortés de la ciudad que habia conquistado á la España con su sangre y tantos heroicos esfuerzos; y para volver á ella, el gran capitan se vió precisado á reclamar la intervencion de un obispo. Aquí empiezan las humillaciones para Cortés. Le intiman la órden de llamamiento y hele con la misma suerte que Colon, aunque algo mas dichoso que el ilustre Jenovés pues no se le cargó de hierros. Embárcase, noblemente escoltado por algunos de sus antiguos capitanes, y su fiel amigo Sandoval, compañero de todas sus guerras y grandes batallas, no le desampara. Veianse marchar en pos del héroe algunos nobles de Tlascala, y de las principales ciudades mejicanas, así que unos cuantos Indios de todas las provincias del Anahuac, y en particular mujeres jóvenes, hermosas y blancas. Tambien condujo enanos y bailarines de cuerda: muchísimo oro, plata, pájaros, plantas y otras singularidades del pais (1). Desembarcó en Palos á fines de mayo de 1528, pasó á Madrid, confundió á sus enemigos y recibió del emperador la mas distinguida acojida. Devolviéronsele todos sus honores y títulos, nombrándole no solo gobernador de la Nueva España, si que de todo el continente é islas que pudiese descubrir en el mar del Sud. Cediéronle el valle de Atrisco, con sus villas, y lugares, y sus veinte y tres mil habitantes, y el grande valle de Oaxaca tan rico y poblado se erijió en marquesado para él. El emperador puso colmo á sus beneficios dándole por mujer á la hermosa doña Juana de Zuñiga (2) hermana del conde de Aguilar, uno de los mas distinguidos grandes de España. Fué este un rayo de favor, brillante como los del cielo, pero tan rápido como ellos.

Tan allegado al trono, no olvido Cortés á sus compañeros de armas, de quienes fué un ardiente defensor y encomiador de sus servicios. Obtuvo la aprovacion de todas las cesiones de tierras que les habia hecho, y el privilejio de poder usar armas ofensivas y defensivas, tanto en España como en Indias. Sus fieles aliados los Tlascaleños fueron declarados libres, y aun se les concedieron otras exenciones, que andando el tiempo, les fueron poco respetadas.

El triunfo de Cortés sobre la camarilla le fué acibarado por un golpe cruel. Sandoval, aquel otro *simismo* antes de ser testigo de sus glorias, espiró en una pequeña villa de Andalucía á la flor de su edad, dirijiéndose á la corte. Esta fué la

(1) Nos reservamos los detalles de su espedicion para la historia del reyno de Guatemala, independiente del de Méjico.

(1) Cortés habia hecho ya una primera remesa al Rey de España de oro, plata, manuscritos aztecas, obras de plumas etc. etc. pero el buque conductor de estas riquezas, fué apresado por un corsario francés que lo presentó á Francisco I.°

(2) Antes de presentarnos el autor de la obra, segunda vez casado á Cortés deberia anunciarnos su viudez, pero no lo hace. NOTA DEL TRAD.

mayor pérdida que Cortés pudiese esperimentar, porque Sandoval era el mejor y mas adicto de sus oficiales; el que en todo tiempo, y en todo lugar habia levantado siempre la voz en su defensa. Este era, despues del jeneral en jefe, el mas ilustre de todos los conquistadores de Méjico. Para él reservaba Cortés las espediciones mas difíciles y peligrosas. Sus grandes talentos militares igualaban con su bravura personal, y esta bravura á su desinterés y su humanidad. Era querido de todos, y Cortés lo lloró como á hijo. Murió Sandoval á los treinta años consumido por las fatigas y cubierto de heridas.

Aunque honrado Cortés con nuevos títulos, no volvió, sin embargo, al teatro de sus glorias sino con una autoridad restrictiva: ya no se le confió el poder administrativo ni el judicial: ambos poderes pasaron á manos de un consejo superior titulado Audiencia de la Nueva España. De modo que en el año 1530 todo habia ya cambiado en aquella grande rejion. Hombres de poca importancia personal, y de mucha rapacidad se enviaron desde Madrid, que contrariaron todas las miras jenerosas de Cortés. Los antiguos compañeros de su fortuna ya no existian, ó se hallaban diseminados en las provincias, ó bien empeñados en lejanas espediciones. Una caterva de oficiales nuevos, le obedecian con disgusto, y sin deferencia personal, y tanto por esta posicion, como por verse despojado de una gran parte de su autoridad en los negocios del interior, buscó Cortés otros caminos de gloria en la carrera de los descubrimentos. Emprendió con nuevo ardor la investigacion de un paso entre los dos mares: hizo esplorar primero el Istmo de Darien, y las costas orientales de la América del Norte. Cuantos buques embió en estas direcciones, perecieron sucesivamente. Afflijido de tan pésimos résultados y conflado en su fortuna, tomó por si mismo el mando de una nueva espedicion en 1536, y si no encontró el paso que buscaba descubrió la California, y visitó una parte de sus costas; navegó en aquel mar interior al cual dan el nombre de Bermejo, y al que con mas fundamento deberian llamar el mar de Cortés (1).

Durante este último viaje fué cuando supo Cortés la llegada á Méjico del virey Mendoza, y desde entónces conoció que nada tenia ya que esperar para él. Multiplicábanse los obstáculos á su paso, y le abrumaban de disgustos. En fin, cansado de verse cada dia luchando con la intriga y la enemiga, avergonzado de tener que habérselas con jentes tan inferiores á él, se decidió á volverse á España, para revindicar sus derechos de Capitan jeneral, y reclamar el reembolso de las cantidades que habia gastado en sus diversas empresas hechas á costa suya. La acojida que tuvo en su patria debió indignarle mas que sorprenderle: sus hazañas se habian ya olvidado. Otras conquistas mas recientes en otros puntos de la América, y de las que se esperaban mas ricos tesoros, ocupaban los espíritus. Nada esperaban ya de un hombre viejo que la fortuna parecia haber abandonado, y cuyas fuerzas se habian debilitado á impulso de tantas guerras y fatigas. Cárlos le recibió con frialdad y sus ministros con insolencia. Cortés que se habia sentado en el palacio de Motezuma como amo, que como vencedor habia dispuesto de tantas vidas y de tantas naciones, y que menos leal, pudo colocar en sus sienes la corona de los reyes de Méjico, adquirirse un gran pueblo de Indios adictos á su persona, asociar á su fortuna real un buen número de sus antiguos compañeros de armas, y desafiar como jefe independiente de la Nueva-España, á todas las fuerzas primitivas, este Cortés se

(1) Anterior á esta espedicion, los Españoles se habian procurado noticias sobre la California por algunos naturales de Colina. Mr. Humboldt. ha hallado en un manuscrito conservado en los archivos del Virreynato de Méjico, que la California habia sido descubierta en 1526, ignora en que se funda esta acercion. Los estractos que el autor de la relacion del viaje al estrecho del fuca. ha hecho de los manuscritos conservados en la Academia de la historia de Madrid parecen provar, que la Colifornia tampoco fué vista en la espedicion de Diego Hurtado Mendoza en 1523.

vió reducido á presentarse como pretendiente á un mozo de una oficina, á sufrir la orgullosa altanería de un hombre tan bajo comparativamente á su dignidad, y los desdenes y desaires de los poderosos cortesanos; recompensa que la España daba entónces á los que habian engrandecido sus dominios y sido la admiracion del mundo. Este miserable existir aceleró la vida de Cortés: espiró el 2 de diciembre de 1547, á los sesenta y dos años de edad. Habia sobrevivido á casi todos los grandes capitanes suyos, cuyos nombres figuran tan honrosamente en el maravilloso drama de la conquista. Velazquez de Leon, Morla y Escalante, ya no existian cuando Méjico sucumbió: Cristóval de Olid habia perecido en un cadalso: un lugar de Andalucía habia visto á Sandoval rendir el último suspiro, y Pedro de Alvarado habia muerto de una caida de caballo en Nueva-Galicia (1).

Ahora tenemos al frente una gran colonia europea. Cerca de tres siglos nos separan todavía de la época memorable, en que cansada del yugo de la metrópoli, levantara el estandarte de su independencia. Este largo intervalo ya no nos ofrece en la Nueva-España los grandes acontecimientos que atraen la atencion del mundo, y sí solamente hechos de un interés puramente local. Los reasumirémos rápidamente fijándonos en los mas principales.

El primer pensamiento de los vencedores fué el de una propaganda, tal como la conciben los hombres guerreros. Sin embargo, el celo de los Españoles por el progreso de la fe debió ser menos ardiente y brutal, y en su lugar haber empleado para catequizar los resortes de la política. Desde el primer momento habia visto Cortés que el mejor medio de asegurarse de la fidelidad de los indíjenas, era el de hacerlos cristianos; que entre ellos y los Españoles, la idolatría azteca elevaba una barrera inespugnable. Él y sus sucesores se mostraron sin piedad para el culto mejicano; los ídolos fueron destruidos y quemados; los Teocalis ó casas de los dioses demolidos y arrasados, y ni un sacerdote quedó con vida. Cortés y los primeros gobernadores reclamaron misioneros para concluir la obra de la civilizacion. Franciscanos, Agustinos y Dominicos se trasladaron luego á aquellas rejiones, y les vemos recorrer el Méjico en los años 1522, 1524, 1626, 1528, 1545, dirijiéndose sobre todos los puntos, penetrando mas allá de los establecimientos militares, hallando en todas partes espíritus conmovidos por el temor, y poblaciones temblorosas dispuestas á recibir un símbolo relijioso. Los Mejicanos creyeron que los dioses indíjenas vencidos, debian ceder á los dioses de los vencedores. En una mitolojía tan complicada como la de los Aztecas, era muy fácil hallar una afinidad entre las divinidades de Aztlan y las de Oriente. ¿No hemos visto ya á Cortés aprovecharse hábilmente de una tradicion popular que hacia descender á los Españoles del lejislador divino del Anahuac? Pues bien, este ejemplo no lo olvidaron los misioneros. Ellos, con mas noble objeto, se sirvieron de fraudes piadosos para asegurar el triunfo del cristianismo. Persuadieron á los indíjenas que el evanjelio, en tiempos muy remotos, se habia predicado en América; desentrañaron sus huellas del rito azteca, y favorecieron hasta cierto punto todo cuanto podia identificar el nuevo culto con el antiguo. Consiguieron que admitiesen la cruz como un signo relijioso, y se aprovecharon de él para hacerles adoptar el símbolo de la redencion. El águila sagrada de los Aztecas les sirvió para introducir el culto del Espíritu-Santo. Acojieron todas las transacciones que la antigüedad india podia permitir, é hicieron doblegar, hasta los límites del dogma, la rijidez de la liturjia católica. Muchas cosas ajenas del rito romano fueron recibidas. La pasion de los Indios por las flores fué santificada. Llegaron hasta permitir los bailes y los disfraces en dias festivos en el interior mismo de las iglesias. En fin, todo lo que no chocaba con los principales artículos de la fe, fué respetado. Estos miramientos, combinados con la voluntad pronunciada de los conquistadores y sus exijencias por medios de severidad, esplican la prontitud y gran número de conversiones, á pesar de la adhesion bien conocida de los Mejicanos al politeismo de sus ascendientes. Si hemos de dar entera fe á las cifras de Torquemada, es necesario ascender á la suma de seis millones el número de Indios bautizados por los Franciscanos desde 1524 á 1540, ya sea en el reino de Motezuma, ya en el de Tlascala, ó ya en el de Mechoacan. Quauhtemotzin y el corto número de nobles mejicanos que escaparon del hierro español abrazaron la nueva fe. La familia real de Texcuco hizo otro tanto. Ixtlilxoclutl jefe de este pequeño reino, fiel aliado de Cortés en todas sus campañas, se distinguió entre los neófitos. Recibió con los brazos abiertos al hermano Martin de Valencia, y á doce frailes que lo acompañaban. Les alojó en el palacio de sus abuelos, aprendió en poco tiempo *los misterios de la misa y de la pasion*. Despues se encargó de catequizar á sus súbditos, y les obligó tanto de palabra como por su autoridad, á recibir el bautismo (1). Era su celo tan apasionado que amenazó con quemar viva á la reina vieja, su madre, si no consentia en dejar al momento el culto de sus dioses, de que era partidaria acerrima. La predicó, la hizo diferentes reflexiones, y concluyó por llevarla á la iglesia, en la que fué bautizada con el nombre de María (2). No debe pasarse en silencio un hecho, y es la aficion de los indíjenas á sus pastores. Data esta desde sus primeras relaciones con ellos, sin debilitarse en el espacio de tres siglos. Para los apóstoles de Méjico fué este un honroso recuerdo. Ellos se interponian entre los vencedores y los vencidos; colocaban la cruz entre la espada y la víctima. Su imponente palabra protejia la debilidad y la desgracia, y la desgracia y la debilidad se asieron de ellos como la yedra de los bosques al árbol que las sustenta. Era muy dulce para la humanidad el poder oponer á los victoriosos soldados de Castilla, merodeadores y desapiadados, soldados de Cristo, misioneros de la fe con todo el esplendor de la caridad apostólica. Dos de ellos se hicieron sobre todo notables, entre los valientes defensores de los vencidos. Despues de tres siglos aun pronuncian los Indios con veneracion los ilustres nombres de Sahagun y de las Casas. El primero llamado Bernardino Ribera, de una familia respetable de España, tomó el hábito de S. Francisco, bajo el nombre de Sahagun, su pueblo natal. Su figura era hermosa como su alma, sus modales tan distinguidos como sus talentos. Méjico era un campo abierto al celo relijioso; allí se trasladó en 1529, y testigo de los males de los Indios, resolvió consagrar su vida á consolarlos, instruirlos y mejorar su suerte. La lengua azteca se le hizo familiar, y la aprendió tan perfectamente, que para con los sabios mejicanos era de ella un modelo clásico. Los dos vástagos de las dos desgraciadas dinastías de Méjico y de Texcuco fueron á la vez sus maestros y sus amigos. Sahagun fué quien sujirió á D. Antonio de Mendoza, el primero y uno de los mas

(1) Mr. Humboldt ha publicado un documento muy curioso para la biografía de Cortés. Esto es el testamento de este gran capitan, fecha 11 de Octubre de 1547. Véase Ensayo sobre la Nueva-España tomo IV.

(1) El modo que adoptaron los relijiosos para poner nombres á esta multitud de neófitos es bastante curioso: los dividian en bandos, y los individuos pertenecientes á cada division, recibian el mismo nombre, lo que abreviaba singularmente la ceremonia, y permitia á los Relijiosos operar por masas.

(2) Apesar de estas conversiones espontáneas y poco mas ó menos obra de la fuerza y de la astucia; no se estinguió tan fácilmente la pasion de los Indios por su relijion primitiva. La conservaron mucho tiempo en el fondo de su corazon. Algunos años despues de la conquista se les veia entregados á la práctica de su relijion, en cierto número de templos, aunque corto, esparcidos en las montañas, y ocultos en los bosques que se habian salvado de la destruccion. Este hecho justifica la política de los conquistadores y el celo de los primeros obispos, que hicieron quemar todo cuanto podia directa ó indirectamente recordar la ídolatría. Si se hubiesen conservado de ella algunos signos visibles, los Indios hubieran mas dificilmente abandonado el culto de sus abuelos.